

Desde dónde y hacia dónde de la Iglesia latinoamericana

EDUARDO J. ORTIZ

Después de haber escrito *Eclesiogénesis* (1), donde se abordan algunas cuestiones del tratado sobre la Iglesia replanteadas por la práctica de las comunidades cristianas de base, Leonardo Boff acaba de publicar una nueva colección de ensayos en los que profundiza temas complementarios (2).

Ya que todavía el libro no ha sido traducido al castellano, y ya que en él se presenta una temática hoy muy debatida sobre la que nuestra revista, en atención a sus lectores, ha reflexionado con alguna frecuencia (3) parece útil ofrecer aquí un resumen de algunas proposiciones del autor. Varias de ellas pueden parecer polémicas y discutibles, pero el cristiano que busca la verdad no es una persona inmadura que tema escrutar y acrisolar los fundamentos de su fe.

Al presentarlas en un orden distinto, a veces con otras palabras, y siempre fuera de contexto, quedarán necesariamente incompletas. La lectura del libro, cuya traducción esperamos, ofrecerá el complemento adecuado. De todas formas se ha tratado de conservar fielmente las expresiones originales, aunque para agilizar la lectura se haya evitado por lo general el uso de comillas.

DESDE DONDE

En los años inmediatamente anteriores al Vaticano II era común el concebir a la Iglesia como "sociedad perfecta". Ella se bastaría a sí misma y sería la portadora exclusiva de una salvación actualizada en los sacramentos. Tiene una estructura jerárquica que conserva la tradición, concebida como depósito de fórmulas exactas y normas fijas que el Magisterio guarda fielmente, defendiendo celosamente e interpreta auténticamente. El mundo no posee aquí consistencia teológica, debe ser convertido.

En este modelo la Iglesia se hace presente en el mundo mediante pactos con un Estado que provee a sus necesidades y garantiza su funcionamiento. A la vez ella sanciona y legitima los poderes establecidos. Es el antiguo pacto colonial. No es que la Iglesia se olvide del pobre. Ella quiere servir al pueblo ignorante y para eso se alía con quienes pueden ayudarla. Es así como organiza sus obras con la clase dominante que con-

trola al Estado, y a partir de sus intereses. En muchos casos se llegan a hacer cosas para los pobres pero no con los pobres ni desde los pobres.

Esta tendencia es ya, antigua, aunque no tanto como el Evangelio del que diverge en algunos aspectos. En este sentido diversos autores protestantes etiquetan como "catolicismo" a una tendencia negativa latente ya en los últimos escritos del Nuevo Testamento.

En las cartas Pastorales (Timoteo y Tito) y las Católicas (Pedro, Judas, Santiago y Juan) asistiríamos impotentes —según estos autores— al triunfo de la institucionalización sobre el carisma en la triple vertiente autoritaria, doctrinal y ritual.

Pero otros estudios valoran más positivamente este fenómeno. El catolicismo sería la concreción inevitable del cristianismo en la historia, una vez que el grupo de seguidores de Jesús creció en número y se dispersó entre las naciones.

En este proceso el cristianismo asumió contenidos religiosos de otras culturas. Operó una síntesis extremadamente rica de tensiones sin perder su identidad fundamental. Ser sanamente católico implicaría estar libre de prejuicios y abierto a la totalidad del Evangelio.

Pero el paso de los siglos generó también síntomas patológicos en el catolicismo. "Patológicamente católico es quien se exclusiviza en algunas líneas o se encierra solamente en algunas corrientes como mediaciones absolutas de la fe. Nada más lejano y ajeno al espíritu evangélico que la pretensión catolicista de infalibilidad ilimitada, incuestionabilidad, certezas absolutas, incapacidad de reconocerse más que en una única doctrina, una única liturgia, una única norma moral y una única organización eclesial. Una cosa es el dogma y otra el dogmatismo, la ley y el legalismo, la Tradición y el Tradicionalismo, la autoridad y el autoritarismo".

El catolicismo actual es demasiado catolicista y reaccionario, poco fiel a su gran Tradición y obsesionado por sus tradiciones menores y recientes. No es suficientemente tradicional y es demasiado tradicionalista. Porque es poco católico y poco tradicional siente dificul-

tad en repetir la experiencia arriesgada de sus principios, y en abrirse con más generosidad al catolicismo popular, dejándose renovar a partir de la experiencia cristiana vivida por el pueblo de Dios. Olvida que la identidad cristiana no es una teoría sino una vida ligada a la experiencia de Jesús de Nazaret.

POSIBILIDAD DE CONVERSION

Por más que se puedan irritar los detentores del poder eclesiástico, dice Boff, debemos constatar que la Iglesia, como institución no ha salido victoriosa contra la tentación del poder. Perdió la oportunidad de encarnar una manera nueva de relacionarse entre los hombres, por el camino del poder concebido como pura función de servicio para el bien de todos, e imitó en cambio los modelos que conciben el poder como gestación y alimentación de élites explotadoras y marginadoras.

En la Iglesia se ha perdido la fraternidad. Su misma constitución estructura a unos sobre otros —a los ordenados sobre los laicos— y encubre ideológicamente esa dominación porque los mismos que detentan el poder elaboran su correspondiente teología que viene a justificar, reforzar y socializar la forma histórica de ejercer la autoridad atribuyéndole un origen divino.

Más aún; la Iglesia que hoy se ha convertido quizás en la institución que más alto proclama los derechos del hombre, mantiene en cierto sentido una práctica ajena a su teoría. "En el interior de la Iglesia hay violación de derechos humanos no sólo por abusos personales de poder, sino también como consecuencia de una determinada manera de comprender y organizar la realidad eclesial".

Entrarían aquí a nivel institucional la centralización del poder decisorio, el nombramiento de quienes ocupan puestos directivos sin consultar a las bases, la marginación de los laicos y particularmente de la mujer. Ni siquiera los sacerdotes son considerados aptos para reflexionar, organizarse y decidir en común sobre los asuntos que les conciernen.

A nivel de formación de opinión,

las informaciones eclesiológicas funcionan dentro de un ámbito muy restringido. "La Jerarquía es muy sensible a la censura que el Estado impone a las informaciones y a los canales de expresión; pero no ocurre lo mismo en cuanto al control casi inquisitorial que ella impone sobre los medios católicos de información y expresión. Cualquier artículo en una revista teológica de carácter científico o de espiritualidad que no se conforma a un cierto tipo de interpretación episcopal o que avanza hipótesis teológicas frente a problemas nuevos surgidos en la sociedad, provoca una reacción muchas veces violenta con amenazas de eliminar al director o de incoar un proceso doctrinal ante instancias superiores. No es de admirar que la producción cultural católica esté caracterizada por el servilismo y la inexpresividad. Helder Camara acuñó una expresión que resume todo un discurso: gran parte de la prensa católica ha sucumbido al matrimonio que el diablo introdujo en la Iglesia; el de la mediocridad con el mal gusto".

A nivel disciplinar el tratamiento que la Iglesia da a sus procesados puede llevarlos a noches oscuras de sufrimiento solitario, a perturbaciones psicológicas y, como ha ocurrido ya, a la misma muerte. El reglamento para el examen de doctrinas publicado por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe el 15 de enero de 1971, "cercena una serie de derechos humanos consagrados hasta por sociedades manifiestamente ateas".

¿Podrá la Iglesia convertirse a un testimonio más exigente y más elocuente del evangelio? Ella puede, porque lo está mostrando, con la condición y la medida en que renuncie a cierto tipo de poder. Por vocación propia la Iglesia está hecha a la medida del reino futuro y reconoce su propia provisionalidad. Su identidad auténtica está en el futuro que todavía Dios no ha revelado. La medida de la conversión de la Iglesia hacia una encarnación más adecuada del evangelio es que ella sea signo de libertad y se capacite para entrar en un proceso liberador junto a los demás hombres.

Tal vez la Iglesia-Institución, experimentada y prudente como todas las ancianas, al oír estas reflexiones sonría como la vieja Sara que era estéril. Ella ya no cree en la posibilidad de concebir. Se ríe. Entretanto séanos permitido soñar y colocarnos del lado de Abraham que oyó a Dios preguntar: ¿por qué se ríe Sara? ¿Hay algo imposible para Dios? (Génesis 18.14). ¡Sonríe, Sara,



porque de estéril te tornaste fecunda y de vieja fuiste transformada en nueva! Sara ya ha concebido. Ya comienzan a aparecer las señales de la nueva vida: una iglesia nueva está naciendo en el vientre de la humanidad.

IGLESIA QUE APRENDE DEL POBRE

La teoría dicotómica que divide a los cristianos entre Iglesia docente (la que debe enseñar) encarnada en los Obispos, e Iglesia discente (la que debe aprender) encarnada en todos los demás cristianos es insuficiente para describir la realidad eclesial.

Toda la Iglesia es alumna de Jesucristo y discípula de su Espíritu. Toda la Iglesia es maestra enviada a testimoniar lo que ha experimentado. El aprender y el enseñar son dos funciones y no dos fracciones eclesiológicas. Todos podemos aprender de los demás.

A pesar de la igualdad básica que debe darse entre los cristianos, existe una instancia que asume de forma especial la misión de enseñar. Pero al aceptarla no se deben dejar de lado los condicionamientos sociológicos e históricos en que esta distinción se ha codificado. En todo caso se trata de una distinción dentro de la comunidad, y no de una instancia fuera o por encima de la misma.

La patología docente-discente se volverá sana cuando haya un diálogo franco entre ambas partes, una actitud de mutua crítica, y un polo de referencia externo que es la misión de la Iglesia en el mundo.

Es precisamente esta misión la que ha enseñado a la Iglesia latinoamericana a ponerse del lado de los pobres, y la que la ha hecho rejuvenecer en ese servi-

cio. Ella nace y se reinventa siempre que los hombres se reúnen para oír la palabra de Dios, creer en ella y seguir juntos a Jesucristo impulsados por su espíritu. Y esto ocurre hoy de una forma especial en las comunidades cristianas de base (4). Son generalmente los pobres, al mismo tiempo oprimidos y creyentes, los miembros de estas comunidades. A la vez son muchas veces los seculares quienes asumen la tarea de llevar adelante el evangelio y mantener viva la fe. Ellos constituyen la base de la sociedad (clases populares) y de la Iglesia (seculares).

Pero eso no quiere decir que allí se propugne un conflicto entre cúpula y bases o entre institución y comunidades; lo que existe es tensión entre una Iglesia que optó por el pueblo pobre y su liberación, y grupos de esa misma Iglesia que no hicieron esta opción.

Se está dando un éxodo de una Iglesia clerical a otra del pueblo, no sólo para el pueblo sino con el pueblo; de una Iglesia impositiva, anónima, que no pregunta, que no informa, que exige obediencia ciega a las leyes institucionales, a una Iglesia fraternal donde predomina el diálogo, los servicios, las relaciones horizontales, la corresponsabilidad; de una Iglesia alienada en sólo ritos y sacramentos, desencarnada y aliada con los ricos, a una Iglesia que busca al pobre, detecta las injusticias y defiende a los explotados.

En ella se cumplen las notas que tradicionalmente han distinguido a la verdadera Iglesia: unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad (5). Sólo que estas notas quedan también reinterpretadas en la nueva práctica.

La tradición teológica comprendió la unidad de la Iglesia como construida

sobre tres ejes: la misma fe, los mismos sacramentos y el mismo gobierno jerárquico. En las comunidades de base estos elementos se estructuran fundamentalmente a partir de la misión. El contexto conflictivo de las bases configura además muy concretamente esta misión de la Iglesia: pensar y vivir la fe de forma liberadora, comprometida con los humillados, luchando por su dignidad y ayudando a construir una convivencia más conforme con los criterios evangélicos.

La santidad, no implica sólo lucha contra las propias pasiones, sino también crecimiento en las virtudes exigidas por la lucha política contra la explotación, contra la generación de mecanismos de acumulación excluyente y a favor del esfuerzo por construir relaciones más comunitarias y equilibradas.

La catolicidad se explicita en una vocación universal dentro de una nítida opción de clase: justicia para todos, derechos para todos y participación para todos. Pero los derechos de todos pasan por la mediación de los derechos recuperados y asegurados de los pobres.

La apostolicidad es característica de la comunidad, y no únicamente de algunos portadores del poder sagrado. La comunidad de base recupera el sentido primitivo de apostolicidad en la medida en que, en cuanto comunidad, se siente toda ella enviada, portadora de la ortodoxia de la fe, y de los diversos servicios que el Espíritu suscita en ella, viviendo, como los apóstoles, en el seguimiento de Jesús, de sus actitudes, de su mensaje, y de la esperanza del Reino.

En los dos últimos capítulos del libro, Boff sugiere pistas teológicas para una eclesiología más fiel a los escritos del Nuevo Testamento y menos proclive a desviaciones. En vez de hablar de cuerpo místico de Cristo, lo que parece implicar una inflexibilidad absoluta y una jerarquización estricta, se debería volver a la Iglesia como sacramento del Espíritu, con un principio de organización más carismático y menos institucionalizado.

HACIA UNA NUEVA ECLESIOLOGIA

Hasta aquí Boff. O mejor dicho, un resumen que no hace justicia a su pensamiento. Hay libros que ganan cuando se recortan. Contienen sólo un par de intuiciones válidas envueltas en un farrago de trivialidades y cobran potencia cuando se desnudan de retórica. Con este libro ocurre lo contrario. Ha habido que prescindir en esta presentación de varios párrafos antológicos. Pero a través de esta muestra ya se pueden reconocer los rasgos del conjunto.

Al leerlo se siente un aire fresco que parece irreal. Hay algo intempestivo en el autor. Como si hubiera olvidado o no supiera que ya hace años que no está permitido hablar en un estilo tan directo. Como si desconociera paliativos y autocensuras. Así hasta en sus críticas más negativas, de cuya fuerza apenas se puede hacer idea el lector por los párrafos que hemos reproducido, está demostrando que vive en la Iglesia brasileña. Hoy muchas de sus afirmaciones, por verdaderas que sean, no pueden ser escritas más que por un teólogo que se siente estimado y apoyado por su jerarquía y mantiene un constante diálogo con ella.

Pero por supuesto, es en la parte positiva donde más se ve reflejado el contexto eclesial desde el que escribe. Perdemos pie y nos sentimos alucinados al oír hablar de más de setenta mil comunidades que albergan a cuatro millones de cristianos entre los que se cuentan cardenales, obispos y párrocos dispuestos a vivir el evangelio desde el compromiso con los pobres.

Esto le hace quizás también ser excesivamente optimista al enjuiciar la coyuntura. En el primer capítulo, en el que se describen los diversos modelos de Iglesia, Boff afirma que el modernizado, el nacido en el Concilio (6) es "numéricamente el más vigente en toda América Latina. Prácticamente la gran mayoría asimiló el Vaticano II y dio el viraje exigido en términos de mentalidad teológica y de presencia en el mundo".

No es ésta la experiencia más común. Más bien se percibe un repliegue. Los voceros más significativos de un nuevo modelo de Iglesia hace unos años, se han vuelto conservadores. Se quedaron sin suelo al ver que las bases superaban sus propuestas y planteamientos. Tuvieron miedo de dar un salto adelante en el vacío de la fe desnuda, y se refugiaron en un pasado conocido y socialmente más gratificante. Algunos de perseguidos se han vuelto perseguidores.

Hoy está por decidirse si la Iglesia brasileña es sólo un anticipo de lo que pronto ocurrirá en toda América Latina, o si será más bien una práctica abortada de lo que nunca se va a permitir que ocurra. Como la primavera de Praga, o de Polonia.

¿Estarán Boff y los que piensan como él construyendo en el aire? No lo creemos. Ya este mismo libro, donde los capítulos críticos y negativos son tan abundantes y expresivos, indican que se sabe muy bien todo lo que falta por caminar. Pero las cosas cambian cuando

se miran las semillas escondidas. Como el mismo Boff diría en una entrevista reciente: "Yo creo que hay una cierta marcha atrás que se da a nivel alto de la institución. Por otra parte, a nivel de las bases, yo creo que ahí sigue el dinamismo de antes y si no hay un avance hacia adelante en términos de novedad, hay un avance hacia los lados, se extiende mucho más el movimiento de base, de comunidades, de inserción en las organizaciones populares, nuevos ministerios. Y me pregunto si es posible estancar ese proceso que tiene un contenido evangélico y liberador de extraordinaria transparencia" (7).

Desde otra perspectiva, habrá quien piense al leer estos ensayos que son demasiado fragmentarios y que apenas replantean algunos puntos sin llegar a presentar un tratado de eclesiología alternativa.

En parte esta limitación se debe al método teológico por el que se ha optado. No se construyen teorías deductivamente a partir de principios absolutos, sino que se acompaña un proceso y se apunta hacia metas que aún no existen. "La verdadera eclesiología —dice Boff en la introducción— no se encuentra en los escritos de los teólogos sino que se realiza en las prácticas eclesiales".

De todos modos, ya Leonardo promete aquí un tratado de eclesiología escrito por él y por su hermano Clodovis. Quienes no creen en la evolución contemplan entre temerosos y escépticos la aparición de nuevos eslabones que hacen cada vez más posible lo que hoy sólo es hipótesis.

NOTAS

- 1) BOFF, Leonardo: *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*. Sal Terrae, Santander, 1980.
- 2) BOFF, Leonardo: *Igreja. Carisma e poder* — Vozes, Petrópolis, 1981.
- 3) Para no mencionar más que lo más reciente véanse los diversos artículos sobre *La Iglesia en Venezuela* aparecidos en el número de septiembre-octubre 1981.
- 4) BOFF, Leonardo: *Comunidades eclesiales de base* — SIC, noviembre, 1981.
- 5) Este capítulo VIII de *Igreja. Carisma e poder* es una repetición textual del capítulo 6 de *Eclesiogénesis*.
- 6) Aquí hemos omitido su análisis por falta de espacio. El Centro Gurrilla ha escrito sobre él en los números 2 y 4 del *Curso Latinoamericano de Cristianismo*.
- 7) AA.VV. *Testimonios cristianos* Mensajero, Bilbao, 1981, p. 23.